



JOB

Angel Cruchaga Santa María

EDITORIAL GRIMM & KERN

Para María Inmaculada,
con un Saludo
espiritual

Angel Cuchaya 8/11

Capuchino 630 =

ANGEL CRUCHAGA SANTA MARIA

JOB

POEMA

— 1922 —

OBRAS DEL AUTOR:

«Las Manos Juntas». Poesías, Santiago, 1915.

«La Selva Prometida». Poemas, París, 1920

«Job». Poema, Santiago, 1922.

PROXIMAMENTE:

La Ciudad Invisible. Poesías.

Los Mastiles de Oro. Poemas en Prosa.

El Ultimo Alvizu. Novela.

Para la mujer dormida que vive en mi
corazón más allá del amor, este poema
desconsolado.

I

LA EVOCACION DE JOB



Santo del muladar, terrible santo
tu alarido de piedra hacia el Eterno,
es una torre trémula de espanto.
¡Con tu cilicio se aromó el infierno!

Santo de Hus: tus llagas y tus manos
fecundaron las rosas.
Diste un rayo de luz a los gusanos
y hablaste del Mesías a las cosas.



.....

Inefable profeta de Idumea,
Padre del mundo, de la muerte abuelo,
tu azul desgarramiento fué una tea
sumergida en la noche y en el cielo.

¡Oh milenario surco del tormento,
tu voz se alzó como una espina terca
hacia la amarga luz del firmamento!
¡Nadie estará de Dios nunca más cerca!

De tu sangre celeste y melodiosa
brotó la cruz y apareció el Mesías
que volaba como una mariposa
sobre la santa hoguera de Isaías.

¡Santo del muladar, lepra que canta
hacia los siglos como un bosque eterno!
Fué toda melodía tu garganta.
¡Aun la oye Luzbel en el infierno!

II

A LA VENIDA DE JESUS

.....

Tierra clara y sonora de los bosques profundos;
sombra de Jesucristo desde el cielo tendida,
suaviza tus montañas y tus mares jocundos,
de las estrellas viene Jesús sobre la vida.

Que se transforme en miel el corazón divino
de los árboles claros, bellos y estupefactos.
Viene el navío eterno que trae el vellocino.
¡Oh espíritu del Mundo, mostradle vuestros actos!

.....

¡Oh brazos de las madres, puros y transparentes,
recibid al Jesús dulce y maravillado.

¡Oh corazón inquieto de las hondas vertientes
cantad sobre la vida como un Job inspirado!

¡Acariciad sus huellas, oh jóvenes esposas!
Hasta Luzbel sonrío aclarando el infierno.
Viene Jesús, hablad, oh labios de las cosas
obscuras y olvidadas por el Pastor Eterno.

Dolores de los árboles profundos y cansados
que trasudan fatigas y temblores violentos,
cantad a los sonoros espacios estrellados
que perfuman los ángeles y atraviesan los vientos.

Cansancio de Luzbel; atroz monotonía
de sus cinco sentidos para el amor exhaustos;
semillas sin vigor; manos en agonía
que no acrecientan los últimos holocaustos.

Tierra de las miserias, carne de Job vencida,
preparate al prodigio; florecerán tus llagas.
El perfil de Jesús se incrustará en la vida,
como la madre muerta en las horas aciagas.

¡Oh senderos del mundo; Jesús viene tranquilo
de las constelaciones infinitas y suaves!
Contempladlo avanzar en un dulce sigilo.
Mueve su corazón las velas de las naves.

III

LA APARICION

.....

En un monte apacible de ramajes obscuros,
como aquellos del hondo Huerto de los Olivos,
apareció el Maestro de los momentos puros
llamado por el turbio tormento de los vivos.

Bajo un sol quieto y fuerte, amarillo de asombro,
el mundo lo esperaba, laxo de sufrimiento.
Para morir quería apoyarse en su hombro
como un infante rubio en la seda de un cuento.

El soplo de los siglos monótonos y rudos
no había desgarrado su claridad de lino;
mas allá de su carne chocaban como escudos
las olas de los mares en un rapto divino.

Por sus venas azules deslizaban los rios
sus aguas transparentes con un rumor de rosas
que deshojara el labio de gloriosos estios.
En sus ojos estaban abismadas las cosas.

Desde el monte miró los límites del mundo,
los terrenos floridos, las ciudades enormes.
Ascendía del suelo un sollozo iracundo
que estremecía los campanarios deformes.

Jesus pensó en la dulce tierra de Palestina:
armoniosa en David; potente en Salomón.
y recordó su muerte en la áspera colina
dando pétalo á pétalo todo su corazón.

IV

EL CANTO DEL MUSGO

El musgo, verde como los pantanos
alzó la voz delgada y transparente:
"Soy el campo de musgo, el campo triste
que en el cielo se duerme.

Tiemblo todo
cuando un alma se acerca en el silencio
para no lastimarme.

No amo los cuerpos rudos; soy tan débil
que el paso de los hombres me destruye.

Adoro las pupilas de los niños
lejanos; las pupilas que son claras
como yo en la mañana; las pupilas
donde el óleo de Dios está en suspenso.

Cuando sonrían sobre mi, sonrío
y bajo el peso de sus pies me encorvo
empezando a morir, y las doncellas
de almas hinchidas como lonas firmes
por el soplo del mundo me destrozan.

Aleja, Jesucristo a las mujeres;
en las distancias las presiento bellas.
Cuando se acercan tiemblo
porque juntan su cuerpos a mis raíces.
Las adivino sobre mi, desnudas.

IV

LAS PIEDRAS

.....

Nosotras somos un dolor oculto,
nuestros ojos internos estan tristes
de contemplar el rostro de la muerte,
inmovilmente adusto en el silencio.
Somos algo dormido para el mundo.
Duras y solas en la luz del cielo
soñamos con la nube que se pierde
como el ala nerviosa de los pajaros
en una aspiración de llama erguida.

Temblamos con el sol sobre la carne
y somos claras como las doncellas
cuando el campo está verde, y el arroyo
en la lengua de Dios canta al paisaje.

.....

Nosotras somos un dolor oculto
que nadie solivió. ¿Quién supo nunca
adivinar la angustia de los ojos
invisibles que esperan al Mesías?
Solás y tristes en la luz, echadas
como mendigos a la muerte estamos;
el polvo del camino, santo pobre,
cubrió la desnudez de nuestro cuerpo.

Pero en nosotras como un canto dulce
una visión del cielo permanece.
Sabemos que los árboles floridos
sonríen al Señor que los anima.
Vemos que la montaña es una escala
para llegar a Aquel que no concluye.
Nadie nos ama; la mirada turbia
del hombre es un oprobio en nuestro duelo.
¡Somos como los niños que no lloran
porque los vence una visión celeste!
Tenemos la vejez del primer hombre.
Hemos visto el perfil maravilloso
de los siglos pasar contra los cielos
como planetas que a la muerte fueran.
Nosotras somos un dolor oculto
que a Dios envuelve desde la miseria.
¡Quién nos redimirá de nuestro duelo
amargo como el ala de un murciélago!

VI

EL CANTO DEL HUMO

.....

Como una cabellera me destrenzo
en el viento de Dios, maravillado.
Soy escala de luz hacia los cielos
y canto humilde de la tierra triste,
Soy como un sueño: nube, templo en ruinas
finjo en el aire, y mi dolor se ahonda
siéndolo todo al ascender muriendo.
¡Oh si vinieran, al subir, las aves
del Cristo y me llevaran en un vuelo!
Tengo la vida de la gota de agua;
cielo y luz, que agoniza en un latido,
tengo la levedad de un pensamiento,
soy débil como el niño que aún no vive
y ya muere en un limbo.

VII

LUZBEL BAJO EL CIELO NOCTURNO

En la siniestra sima del infierno
decrepito, sin paz, Luzbel yacía.
Su amargo corazón soñaba en Cristo
por el encanto primitivo envuelto.
Sus ojos, quietos en el cielo enorme
cojian las estrellas temblorosas
y eran gotas de fuego en sus retinas
que vieron los timones de los siglos
hundir la eternidad maravillada.
La voz intensa de Luzbel se alzó:

“Cielo profundo, cielo de los ángeles;
ambiente de las alas y las nubes;
cisterna de los balsamos eternos,
mi corazón se alarga como un labio
sediento de tu bien perseverante.
Siento en las alas el temblor antiguo

.....

la serenada luz de las estrellas
es una voz de madre que suspira
mas allá de mi carne tenebrosa,
mas allá de mis venas carcomidas
por el vicio del mundo.

Luz del Cielo
suavizadme los ojos que se mueren,
haces de aristas que aguzó el pecado.
Alzo la mano para recibirte
como a un fruto maduro, cielo antiguo
que fue mío en los ojos y en las alas.
Constelaciones bajo el pie de Cristo
envolvedme la vida como a un pobre
que en las calles del mundo no halló amparo.
¡Circulad por mis venas cielo enorme!
necesito en mi sangre las estrellas
y a Dios sobre las manos vacilantes
para besarlas al cerrar los ojos.
Sobre mi corazon deseo el mundo
para hacerlo sufrir junto a mis huesos,
para hacerlo morir junto a mi muerte.

VIII

EL CANTO DE LAS MADRES

.....

Vienen las madres jóvenes, palidas y vencidas,
las cabelleras sueltas al crepusculo inmenso,
una corriente azul para lavar heridas.
Bajo el materno asombro de Jesús está en suspenso.

Vienen las madres tiernas, delgadas como espigas
¡Oh trigo de sus vientres! Oh pan maravilloso!
de levadura eterna ¡Oh miel de las cantigas
que perfuman al niño y aclaran al esposo!..

¡Oh vestiduras blancas avanzando en la hora!
¡Oh pupilas en éxtasis que claman a Jesús!
Un vasto corazon por la tierra sonora,
limpio como un infante que cantara en la luz.

Todas las frentes se alzan al maestro apacible;
el cielo es como un brazo femenino curvado.
Como un collar de vidrio se ha roto el imposible.
Oye el canto Jesús Crucificado.

“Que no sufran nuestros hijos.
¡Sería mejor la muerte!
Arroja tu paz profunda
sobre sus almas celestes.
Nuestra sangre te lo pide
¡Oh Dios que aromó el pesebre
y que abrazó el universo.
como una madre sonriente!

.....

Jesucristo, Jesucristo
proteje nuestros retoños
porque si van a sufrir
se romperán nuestros ojos.
Sería mejor la muerte,
mira que debiles somos
y ellos tienen el perfil
suave aún como tu rostro.

Te lo piden nuestras manos
blancas Señor en tu cielo;
te lo pide nuestra voz,
el temblor de nuestros senos,
el cansancio de vivir,
la red de nuestros cabellos.
¡Jesucristo, Jesucristo
por ellos sufren los huesos!

Hazlos reir, que no sepan
que los hombres sudan sangre,
que el amor es sufrimiento,
y que se muere en la tarde
el corazón sin hallar
el bálsamo que lo salve.
¡Jesucristo, Jesucristo
¡Mira el dolor de tu madre!

Deja que los niños jueguen
con la luna y las estrellas
y que sonrían al sol
que canta sobre la tierra;
deja que su algazara
perfume nuestra miseria.
Jesucristo, Jesucristo
¿No eres un niño que tiembla?

IX

LOS HIJOS DE JOB

.....

Somos hijos de las llagas
retoños del desaliento;
elevamos la cruz del Cristo
en lo íntimo de los huesos.
Nuestro canto es un puñal
que va a clavarse en los cielos.
Nacimos crucificados
como los largos senderos.

Nuestro canto es un abismo
que puede tragar el orbe.
Pasamos como los cuervos
por el cristal de la noche.
Estamos junto a la muerte.
Hemos llegado a los bordes
de este mundo y la esperanza
ha huido quién sabe a donde.

¡Para qué luchar en vano
si nada ya nos consuela
y en nuestra túnica tosca
muerden todas las estrellas
como en un fruto maduro
donde la muerte se hospeda!
¡Para qué luchar en vano
si está maldita la tierra
y Luzbel tiende sus alas
de media luna siniestra!

Señor: espejo de oro
donde se miran los niños
Somos los hijos de Job;
llevamos en el cilicio
una rosa del infierno
y un jazmin del Paraiso.
Pasamos como murciélagos
obscureciendo el camino.

Dános tu muerte, sabemos
que el júbilo nos olvida
y que hay ponzoña siniestra
en todas nuestras semillas.
¡Dános la muerte Señor
¡Rómpenos como una lira!
Entre tus dedos azules
se irá sonriendo la vida.

Avienta en el horizonte
todo el mal que nos doblega
y sopla tus huracanes
porque podría la tierra
podrirse con el solemne
poder de nuestra miseria.
¡Que disuelva nuestras vidas
el viento de las estrellas!

X

EL HOMBRE MARAVILLOSO

.....

Cruzó por los caminos dolorosos
mirando el agua, el árbol y la nube.
El primitivo albor de los sentidos
le dió serenidades de crepúsculo.
Llevó sobre los ojos ahondados
la figura de Dios; sufrió en las cosas
y su llanto cayó solemnemente
—lagrimas de montaña en la neblina.—
En la angustia silente de los árboles
bebió el suplicio de la tierra toda

.....

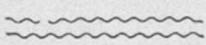
y en los arroyos para bautizarse
el alma, penetró grave y desnudo.
Vuelos los claros ojos a la noche
vibraba en las estrellas; sus oídos
tensos como una cuerda recibían
el canto inmenso de los mundos.

Débil

y transparente su envoltura triste
traslucía las cosas como un vidrio.
En los jardines juntos a las sonrisas
perseverantes de los niños pudo
llenar su sangre de sonoridades,
tal un ciego en la luz del Paraíso.

XI

EL CANTO DEL HOMBRE



MARAVILLOSO



Señor de los ojos claros,
regocijo y maravilla
mira las cosas humildes
que claman por tu venida.
Han sufrido en el silencio,
y hoy contemplan tus pupilas
para pedirte la muerte
¡es una llaga su vida!

El dolor de los mortales
hizo los caminos turbios;
entristeció las estrellas
y dio amargura al crepúsculo.
Es una herida el pasado
y es una herida el futuro!
Es el bálsamo de la muerte.
¡Miranos que somos tuyos!

Fui por todos los caminos
oyendo cantar las aves,
¡las aves de Dios, aquellas
que visitan a los ángeles!
Y su canto eran tan triste
que se secaban los árboles
y el arroyo enternecido
era un sollozo de madre.

Mira las cosas Señor
aquellas que són humildes
y que no alzan el lamento
hacia el horizonte triste.

Mira las cosas pequeñas
que siempre quieren morirse.
Solo se alegran mirando
tus claros ojos felices.

¡Qué veneno doloroso
tiene la tierra en su seno!
Son un dolor los caminos
y una congoja los pueblos.
Todos te llaman Señor.
¡Son los infantes serenos
que bendecían tus manos!
¡Senderos, niños, labriegos!

Es el afán de la muerte
que circula por las venas.
Quiere morir la montaña
herida por una estrella.
Y los hombres están tristes
porque es la misma tristeza
de Adán la que los agobia.
¡Ya no hay una angustia nueva!

Es el cansancio Señor
de este mundo, igual, solemne,
con sus campanas monótonas
y con sus lunas de siempre.
¡Qué gusanos de desgracia
lleva la tierra en su vientre!
¡Qué mal de Saturno cae
sobre los árboles verdes!

XII

EL CANTO DE LA CIUDAD

.....

Soy la ciudad maldita que la lujuria doma.
Destrúyeme, Señor, bajo tu mano fuerte.
Quémame con tu fuego como antaño a Sodoma.
Solo puede lavarme la ola de la muerte.

A mi vienen los hombres cansados y mezquinos
con su resto de luz y su áspera impureza.
Se estrellan en mis muros los náufragos destinos.
¡No hay júbilo que pueda engañar mi tristeza!

Sé de la muerte gris que trepa por los muros
como larga culebra de amargas contorsiones.
Se destilan en mí los momentos oscuros:
Soy un antro infamante que acaricia ilusiones.

En mí juega el destino como en una taberna;
la gloria y el amor florecen en los dados.
Yo soy sobre el abismo como una playa eterna
donde canta la voz ágría de los pecados.

En mí danza procaz Salomé se desliza
y exalta su lujuria los sentidos oscuros.
Los corazones són ánforas de ceniza
que destruye la muerte entre sus dedos puros.

.....

Evoco a Babilonia vetusta y armoniosa
que no escuchó a Daniel, dormida en su pecado.
Me reclino en la luz trémula cual la esposa
que sabe que la muerte en sigilo ha llegado.

Señor: tu que pudiste alzar de los escombros
sepulcrales a Lázaro, envuélveme en tu fuego,
quiero mirar la gracia que fluye de tus hombros
como se eleva el día en el alma de un ciego.

Toda la ambigüedad de la tierra poseo,
claridad y miseria; jazmines y serpientes;
y la llama de seda que brota del deseo
canta en mí con la voz de todos los orientes.

Soy la ciudad maldita donde el juglar levanta
sobre la muerte el cuerpo lacerado y siniestro.
Con mi sollozo haría podrirse la garganta.
¡Soy una cruz enorme y en mí mueres, Maestro!

Encima de las torres donde tiembla tu veste
las almas de los niños juegan y su alegría
es un círculo de oro en el aire celeste.
¡Oh niños en la tarde, redentores del día!

Soy la ciudad maldita que ante Luzbel se humilla.
El infierno acaricia mis alas de vampiro.
Tengo los ojos turbios y la frente amarilla.
¡Que nos queme, Señor, la llama de un suspiro!

XIII

LA PALABRA DE JESUS

Jesus miraba largamente el mundo
como a un rostro silente y desolado
por cuya carne caminó la muerte.
En la caverna celestial la lumbre
del sol se iba pudriendo como un fruto.
Jesus envuelto eu su espiral de siglos
fijos los grandes ojos en las ruinas
de la tierra servil alzó la voz.
La esperaban temblando los escombros
y las ciudades y los mares de oro.
Se adormeció el sollozo de la tierra
y se escuchó en la cumbre de los cielos
latir las alas del milagro enorme.
Las estrellas oian las palabras.
La túnica celeste del maestro
como la Virgen eclipsó la luna.
La voz se reclinó en el horizonte,
como mano de abuelo sobre un niño.

“En el recinto de los corazones
puse el compendio de mis universos,
y en el temblor profundo de los bosques
hice fluir la música del cielo.

La solemne dulzura de mi sangre
vibró en las cosas y en el hombre. Todo
se penetró de mi y en el latido
celeste de mi sangre estuvo el árbol
el agua y la mujer maravillados.

El canto de los rios era alegre
porque salía de mis labios claros.
En la praderas verdes y jocundas
dí voz a los arbustos y en las alas
de los pajaros puse resplandores
de estrella fulgurante sobre el agua.

En los montes adustos y tranquilos
floreció la leyenda y el prodigio
que bajan en el vuelo del crepúsculo
sobre las cabelleras infantiles.

Con mis manos heridas en la muerte
hice las almas y los corazones
y modelé en silencio la silueta
amarga y temblorosa del futuro.

A las madres les dí mi propia sangre.

En ellas muero y resucito siempre.

XIV

EL PRESENTIMIENTO DEL ULTIMO DIA

.....

Claro presentimiento de la muerte
que hace cantar la tierra.
¡Moriremos! suspiran los cipreses.
¡Dios nos llama! sollozan las estrellas.

La montaña palpita
extasiada en la sombra de los cielos,
y la ciudad es una enorme herida
que canta por los campanarios trémulos.

Los arboles elevan
desde la tierra fertil un sollozo,
y se conmueven de pavor las piedras.
¡El nuevo dia no tendrá retoños!

Viene la muerte, ya sus dedos palpan
los muros en silencio.
Hace temblar la luz de las ventanas
¡La tarde se le escurre entre los dedos!

¡Viene la muerte! cantan los pastores
en los valles humildes,
y la bella vertiente de los montes
quisiera eternizar la tarde triste.

La tarde triste; la última campana
la llora como un niño
en sus sonos que són una balada
de eternidad en valles de zafiro.

XV

LA DESPEDIDA DEL SOL

.....

La postrera mirada grave como un lamento
lanza el Sol a la tierra moribunda. En el viento
canta como los mares una solemne voz
que hace mover la túnica de Dios.

Tierra, vetusta amiga desde el día sonoro
en que el Señor tendió sus piélagos de oro.
En ti dejé durmiendo mis fulgores mas suaves,
iluminé tus almas, hice cantar tus aves
y en un abrazo loco te volvíste mi sierva.
Me recliné en tus montes y sonreí en la hierba
como un niño travieso. Me deslicé en las ondas
de tus mares soberbios y florecí en las frondas.
Yo fulгурé en los ojos de todas las doncellas
y celoso despues me enamoré de ellas.

.....

Fuí en la ciudad el brillo y el amor. Los cristales
me esperaban temblando cual senos maternos
al hijo doloroso. La ciudad fué enojada
por mi luz y en mi beso se sintió enamorada.

Hoy me iré para siempre, mares, ciudades de oro:
me voy como un infante alejándome y lloro.
Rosas de los jardines, doncellas, rios, montes
contempladme morir sobre los horizontes.
Ya no seré el romero que vá por los caminos
hablándoles de Dios a pobres peregrinos.

Ha llegado la hora en que yo muera, oceanos
azules con navios trémulos y livianos.
Yo viviré en vosotros cuando me vaya, quiero
dormirme en vuestras olas; ya se que así no muero.

Y el sol miró los montes y los mares en paz,
triste como el viajero que ya no volverá mas,
y se fué lentamente borrando por el cielo
rosado, azul, celeste y gris como un abuelo.
Sobre todas las cosas se adormeció su voz
hasta morir disuelto en el aire de Dios.

XVI

EL JUICIO FINAL

San Juan Evanjelista, tus cantos eran ciertos
ya vienen avanzando las cuencas de los muertos.
Se cumplen tus enormes profecías oscuras.
Del arbol del misterio caen pomas maduras.
Por todos los caminos se acercan al llamado
los muertos y en los cielos hay un rumor sagrado
y tocan los arcánjeles las trompetas del juicio
sobre todos los mundos. Desde su precipicio
Luzbel escucha el són y tiembla entre sus llamas
comos los moribundos que vén los panoramas
de la tierra alejarse. Luzbel sueña en el cielo
primitivo y suspira: cubren su desconsuelo
sus dos alas oscuras y quiere alzar su grito
hacia la luz profunda y al sentirse maldito
sobre sus hogueras desconsolado llora.
Dios deshoja el jazmín de la última hora.
¡Oh cráneos amarillos bajo la luz postrera
avanzando al Señor que en el silencio espera!
¡Oh angustia inevitable que corre al malvado!
¡Oh repulsión viscosa del hombre que ha pecado!
¡Oh martirio que trepa hacia los cielos hondos!
¡Oh sonos arcanjélicos sobre los cráneos mondos!
¡Oh mirada del padre sobre todas las cosas!
Claridad de los niños; amor de las esposas.
¡Oh lamentos de Job! ¡Hogueras de Isaias!
¡Oh brasas de Exequel! ¡Llanto de Jeremias!
Júbilo de los santos! ¡Pasma de Simeón
y loca pedrería del sabio Salomón!
¡Viene la hora última, la hora de San Juan!
En el pavor inmenso los huesos hablarán....

Valle de Josafat, camino abierto
hacia lo eterno, última jornada
canto de piedra cuando todo ha muerto.
¡Oh posada de Dios, honda posada!

.....

Borde del mundo, orilla de la muerte
¡Oh sueño de San Juan en el delirio
donde el misterio como un sol se vierte,
Alba del cielo o alba del martirio.!

¡Cómo brillas Señor sobre los huesos,
de los que arrastran su esqueleto obscuro,
osamentas roídas por los besos
que aún tiemblan en la espera del futuro!

¡Oh tu claridad sobre el profundo
clamor de los que llegan al llamado.
En los últimos árboles del mundo.

¿Eres tu el que ha llorado?

Arboles que palpitan en el viento
y de dolor florecen. Tu quisiste
Señor que ellos tuvieran pensamiento.
¡Són una enorme cabellera triste!

Ha llegado la hora. De las bocas
nace un gemido en el espanto denso.
y parece el lamento de les rocas
al crepúsculo inmenso.

Dice la montaña: Ya la hora llegó
y suspira el rosal: Ya la hora llegó
y solloza Luzbel: Ya la hora llegó.

Y entonces tus dos brazos en el viento
se alargan en la cruz como dos ramas.
Invades como un Sol el firmamento
y eres como una selva entre las llamas.

Y hasta las cuencas de tu luz se vierte
un resplandor y són los ojos de oro
y es un jardín de estrellas extáticas la muerte.
y Luzbel tiene los cabellos de oro.

XVII

EL CANTO DE LOS MARES SOLOS

.....

Somos la rēmembranza de la tierra vencida.
Necesitaba Dios nuestro vaiven profundo
que era ritmo en sus venas y en su carne florida
la invencible y eterna melodía del mundo.

Nuestro vigor es fuerza de estrellas y raíces!
los arboles nos dieron sus moribundos brios!
Soñamos en las claras y enormes cicatrices
que abrían las soberbias quillas de los navíos.

Como un collar perdido de piedras fabulosas
las estrellas nos hieren en nuestro sueño esquivo.
Somos la sangre turbia de las difuntas cosas;
el grito gutural del hombre primitivo.

Es nuestra rebelión de temblores y nervios
el eco de la tierra que se murió podrida.
¡Oh mástiles sonoros, oh navios soberbios
llevados por los vientos primeros de la vida!

¡Qué nuevos argonautas verán el vellocino!
En un dolor horrendo tiemblan nuestros ciclones
queriendo revivir el difunto destino
que fué sangriento y hosco como un tropel de leones.

Sabemos donde estaban las estrellas, sus rastros
quedaron en nosotros. Con dulzura de abuelo
iremos sobre el agua colocando los astros
que desprendió Jesús con su mano del cielo

Seremos un vigor enorme y tenebroso.
En nuestras olas vibran inmortales tormentos,
la voz del Cristo rueda semejando un sollozo
lanzado de la cruz hacia los cuatro vientos.

XVIII

JOB EN EL CIELO

.....

Dios estaba de pié cuando el profeta
entró en el cielo. Sus pupilas hondas
eran los graves surcos de la muerte
y en su rostro la paz le sonreía
como un cristal copiando la mañana.
Al contemplarlo Dios tendió sus brazos
y el corazón de Job en un latido
se unió al fragante corazón del Cristo.
¡Era toda la tierra y todo el cielo
juntos por una eternidad!
En medio de la música arcanjélica
vibró la voz del Padre. Job lloraba.

.....

“Oh tu que vienes hasta mi regazo
abuelo del Mesías, torre de oro
a cuya sombra ha palpitado el mundo;
sabio panal de Dios; jazmín ardiente
cuya fragancia nos envuelve a todos.
Más recio que los montes tus aristas
hirieron al Maligno en las entrañas.
Yo contemplé mi rostro en tu pureza
y conocí ~~la~~ cruz antes del Gólgota.
Para ti reservé mis resplandores.
Estuve tanto sobre tus llagadas
carnes, que un día me faltó un latido
para que todo en ti yo penetrara,
porque en tu corazón vasto, mi cielo
era como una flor pequeña y suave.
Yo quise que tu fueras el bendito
crisol del duelo. Resistió tu arcilla
a las humanas pruebas, fué tu espíritu
ola de seda de la eterna playa.
Sobre el celeste airón de aquella ola
yo fuí de mundo a mundo”.

Job lloraba.

INDICE



La Evocación de Job :	1
A la venida de Jesús	5
La Aparición	9
El Canto del Musgo	13
Las Piedras	17
El Canto del Humo.	21
Luzbel bajo el Cielo Nocturno.	25
El Canto de las Madres	29
Los Hijos de Job	33
El Hombre Maravilloso	37
El Canto del Hombre Maravilloso	41
El Canto de la Ciudad	45
La Palabra de Jesús	49
El Presentimiento del último día	53
La Despedida del Sol	57
El Juicio Final	61
El Canto de los Mares solos	65
Job en el Cielo	69